

# El espejo, la máscara y la muerte en Jorge Luis Borges

*Por: Eduardo García Silva*

Conferencia presentada el 12-septiembre-2002.  
en la Librería Gandhi (Coyoacán), y el 27-noviembre-2002  
la Casa de la Cultura de Coyoacán "Jesús Reyes Heróles".

"No sé cuál es la cara que me mira  
cuando miro la cara del espejo"  
J.L.B.

No es cosa fácil hablar de Jorge Luis Borges; eso nos impone de inmediato varias dificultades: la primera es que difícilmente sabríamos algo preciso sobre él, porque en realidad nadie sabe nada de nadie, puesto que para un mismo sujeto el saber sobre sí mismo le es ajeno; y las más de las veces este saber ignorado es ignorado por ser ominoso, por ser unheimlich para decirlo con Freud y es que me parece que esta palabra es más adecuada para este caso; ya veremos por qué. Esta es una de las cosas que nos enseña el psicoanálisis, y sin embargo quiero dejar en este momento de lado al psicoanálisis porque mi apuesta aquí es la de aprender de Borges. Otra dificultad es que hablar de Borges impide cantarlo, como él mismo lo propone en su "*La divina comedia*", donde nos aclara que hay versos que por ser tales no es posible leerlos o decirlos, o bien, que al leerlos o decirlos pierden su esencia de canto, de tonos, de melodía; no hay que olvidar que una gran parte de la producción de Jorge Luis –¿por qué no llamarle por su nombre?– son versos, no solamente ensayos literarios o narrativa.

Me decido entonces mejor por soñarlo y compartir mi sueño Borgiano con ustedes, aunque un sueño siempre tiene sus riesgos toda vez que se trata de un deseo, un deseo que se vehiculiza por la palabra pero que es inenunciable, y es que las imágenes del sueño son ya palabras en toda su potencialidad, pues si se les escucha –porque a una imagen se le puede escuchar– siempre tienen algo que decirnos, siempre nos convocan a algo, y por eso es que Freud pudo dar con el inconsciente, y por eso también Jorge Luis escribió, porque soñaba; yo no sé si escribía lo que soñaba, como puede pensarse sobre "*El OTRO*" de "*El libro de arena*", donde Borges sueña con Borges pero a condición de haber sido a su vez él soñado por el otro más joven; pero sí me parece que escribía porque soñaba.

Nosotros podemos también decir desde luego que todo sueño es escritura –lo es el sueño inaugural de Freud, el de "La inyección de Irma"–, luego entonces un sueño no solamente es para escucharse, lo es también para leerse. Nos encontramos nuevamente en terrenos de la literatura –eso que tanto recomendaba Freud–. Así pues, soñando se vive, a menos así pudo hacerlo Borges cuando no tenía otra escapatoria ante la muerte que le amenazaba, cuando **su** enemigo estaba apunto de matarlo, en ese momento Borges recurre a la única posibilidad

que tenía para impedir que le matase: ¡despertó!<sup>1</sup> Y nosotros lo sabemos porque lo escribí.

Ahora bien, soñar no siempre no cuesta nada, a veces uno paga con angustia por soñar, cuando el deseo se desborda, uno se despierta, por eso uno tiene que tener cuidado con lo que desea toda vez que tengamos claro que desear no es querer. Quizá la angustia ante la muerte –que no necesariamente son cosas distintas- fue lo que despertó a Borges. Hay en el sueño deseos, palabras y afectos; luego, solamente después, el sujeto es; como un efecto de su sueño. Pero en el momento en que el sueño angustia surge lo que conocemos como pesadilla, y precisamente Jorge Luis, mejor conocido como Borges, incluso por él mismo – a condición de no ser presidente-; hace una lectura muy interesante sobre la pesadilla, esa especie del género sueños. En este texto: “La pesadilla” que se encuentra en el libro de “Siete noches”; es de aplaudirse que luego de que Jorge Luis leyó algunos tratados de psicología no se contaminara por ellos, es más, los cuestionara y se permitiera asombrarse ante tanta palabra vacía, palabra que únicamente cataloga y diagnostica; y entonces se asombre también por el hecho de cada mañana nos despertemos cuerdos –“o relativamente cuerdos”- “*después de haber transitado por esa zona de sombras, por esos laberintos de sueños*”. Jorge Luis pasa después a hablarnos de esa comunidad que habría entre la vigilia y el sueño, para remitir la vigilia a una forma de sueño y al sueño a una forma de vigilia. Para esto se acompaña de Frazer –me parece que de el mismo de quien se acompaña Freud en *Tótem y tabú*- ese escritor tan ingenioso como crédulo según Borges. Frazer afirma que para los primitivos, del mismo modo que para los niños, los sueños son un episodio de la vigilia, para entonces agregar que para los poetas “no es imposible que toda la vigilia sea un sueño”. Yo mismo recuerdo ahora que al final de un documental que hablaba sobre los avances científicos en el estudio de los sueños, donde se acudía a electroencefalografías, tomografías y demás estudios de laboratorio, se lanzaba una afirmación y una pregunta al final a modo de conclusión:

*“El sueño es real mientras dura, ¿puede decirse algo diferente de la vida?”*

Pero volvemos a la literatura, la ciencia surge de ella y no se puede abstraer de ella. Entonces Borges empieza con la citas: Shakespeare, “estamos hechos de la misma madera que nuestros sueños”; Caldedrón, “la vida es sueño”; Walter von der Vogelweide, “*Ist es mein Leben getraum oder ist es wahr?*” “*¿He soñado mi vida o fue un sueño?*”. Aquí me encanta la traducción que hace Borges del poeta austríaco, pues yo habría pensado en esta otra que a mi parecer se acercaría más a la literalidad del enunciado: “*¿Ha sido mi vida soñada o es verdad?*”, cómo si no hubiera verdad en el sueño; cuando el psicoanálisis nos pone sobre aviso de que precisamente en el sueño puede habitar la verdad de la vida, del síntoma, de la palabra; Freud lo dice de otra manera: “*la interpretación del sueño es la vía regia hacia el conocimiento de lo inconsciente dentro de*

---

<sup>1</sup> Borges J.L. Episodio del enemigo, en “La moneda de hierro”; tomo III, Obras Completas, EMECÉ.

**la vida anímica**", o sea, que no habría camino más directo a ese saber que el sujeto ignora, que el sueño; así, sueño y verdad no se excluyen, pero además esa verdad es la de la vida del soñante, por lo que esta verdad no es privilegio de la vida, ¿o debería decir de la vigilia?; es por eso que me gusta tanto la traducción de Borges, pues me parece que denuncia ese punto de encuentro entre la verdad, el sueño y la vigilia al poner a estos últimos en un espejo donde el sueño es el reflejo de la vigilia –así lo es de alguna manera también para el psicoanálisis- y la vigilia es reflejo del sueño –¿pues de dónde toma su material el sueño si no de las experiencias del soñante?–; entonces decir: “¿He soñado mi vida o fue un sueño?” sugiere que si la vida pudo haber sido un sueño, entonces el despertarse a la vida es ponerse a soñar también, de tal forma que nos encontramos ante dos espejos puestos uno frente al otro para proyectar un sin número de reflejos uno del otro, pero donde cada reflejo ya no es el original porque es, a su vez, producto de otro que lo precede: no hay inicio, pero tampoco hay distinción, ya que un reflejo contendría eso mismo que refleja. ¿No es este uno de los caracteres de la pesadilla, el que el soñante tenga la sensación de que lo que le está sucediendo es real y por eso se despierta?. Bueno, podríamos decir con Lacan que precisamente lo que surge en el sueño de angustia es lo real, lo imposible, eso que amenaza con desaparecer al sujeto que sueña, con desvanecerlo, es el Unheimliche freudiano, lo ominoso, que como la palabra alemana refiere es eso interno, propio, que aparece desde afuera, como ajeno y entonces amenazante, que acecha y angustia; es el enemigo que quiere matar a Borges antes de que despierte, es el otro que es también el mismo soñante; es la pesadilla.

Para Borges, la pesadilla tiene mayor fuerza en su nominación con otras lenguas. Cita el griego con su Efiates y nos aclara que Efiates es el demonio que inspira la pesadilla, cita el latín con su incubus, como el demonio que oprime al durmiente y le inspira la pesadilla; cita al alemán con su Alp, -aunque realmente la palabra completa es Alpdruck y mantiene el sentido de presionar- donde el Alp significa al Elfo que presiona e induce la pesadilla; en todo caso se mantiene la cuestión de una presión, de una opresión.

Borges nos dice también que hay para él siempre dos pesadillas: las de laberinto y las de el espejo –quizá de ahí su escritura: Al espejo, El espejo, Los espejos, La pesadilla-, y además reúne a ambas en un solo tipo, pues basta que haya dos espejos opuestos para construir un laberinto. Vale aquí citar un párrafo de su escritura:

“Siempre sueño con laberintos o con espejos. En el sueño del espejo aparece otra visión, otro terror de mis noches, que es la idea de las máscaras. Siempre las máscaras me dieron miedo. Sin duda sentí en la infancia que si alguien usaba una máscara estaba ocultando algo horrible. A veces (estas son mis pesadillas más terribles) me veo reflejado en un espejo, pero me veo reflejado con una máscara. Tengo miedo de arrancar la máscara porque tengo miedo de ver mi verdadero rostro, que imagino atroz. Ahí puede estar la lepra o el mal o algo más terrible que cualquier imaginación mía.”

Eso más terrible que lo imaginario, ya lo podemos ver, es lo real; luego entonces una máscara quizá no de miedo por sí misma, por lo que podría representar, sino por lo que oculta. Se trata de ocultar **algo**, sin embargo ese ocultamiento es siempre fallido puesto que la misma presencia de la máscara anuncia y denuncia desde ya que precisamente **algo** hay detrás de ella. Quizá también por eso Borges dice que ese otro terror de sus noches es la **idea de** las máscaras, no las máscaras en sí. El miedo ahí va en el sentido de verse, de descubrirse (des-cubrirse); la máscara no hay que quitársela porque se corre el riesgo de conocerse, de llegar a ese algo que Freud llama en su lengua **Das Es**, el ello, el eso, el algo. Eso que es muy propio y que en la experiencia de terror se nos presenta desde fuera, Unheimliche. Curioso que Freud en su trabajo de Lo ominoso, acudiera a la literatura y no a la psiquiatría ni a la psicología para dar cuenta de esto. Aquí encontramos a un Borges –porque seguramente hay muchos- freudiano. Veamos:

“Como quiera que sea, en las pesadillas lo importante no son las imágenes. Lo importante, como Coleridge –decididamente estoy citando a los poetas- descubrió, es la impresión que producen los sueños. Las imágenes son lo de menos, son efectos. Ya dije al principio que había leído muchos tratados de psicología en los que no encontré textos de poetas, que son singularmente iluminativos.”

Agrega al final del texto:

“Pero hay algo: es el sabor de la pesadilla. En los tratados que he consultado no se habla de ese horror.”

Y así es, generalmente el discurso de la psicología deja fuera a la subjetividad; por el contrario, es esa subjetividad la que es favorecida por los poetas y literatos y que el psicoanálisis comparte a su manera.

Pero volvamos al horror de lo íntimo que parece anunciarse en la escritura borgiana por medio de los espejos, los laberintos y las máscaras. Es como si hubiese un desdoblamiento del sujeto, una proyección de sí mismo que al volver ya no se le reconocería más. Entre todas las pesadillas, hay una que Borges señala como la más terrible y la narra del siguiente modo:

“Yo estaba en mi habitación; amanecía (posiblemente esa era la hora en el sueño), y al pie de la cama estaba un rey, un rey muy antiguo, y yo sabía en el sueño que ese rey era un rey del norte, de Noruega. No me miraba: fijaba su mirada ciega en el cielo raso. Yo sabía que era un rey muy antiguo porque su cara era imposible ahora. Entonces sentí el terror de esa presencia. Veía al rey, veía su espada, veía su perro. Al cabo desperté. Pero seguí viendo al rey por un rato, porque me había im(presionado). Referido, mi sueño es nada; soñado fue terrible.”

¿no es posible que ese rey fuese el mismo Borges?, que fuese el mismo en su imposibilidad de serlo, en esa cara imposible que no lo mira porque su mirada

es ciega, porque lo que ve es pura nada, ahí en ese momento, no es difícil pensar que Borges, el soñador, se desvanece ante la no mirada del otro, ahí cuando el otro no le puede reconocer porque no lo mira, ahí donde Borges es quien no se vería ni se reconocería en el rey, en ese otro que con su presencia (afuera) precipita el horror característico del **“sabor de la pesadilla”**, que evidencia el peso de lo real imposible que oprime al sujeto que sufre la pesadilla, precipita pues el Unheimlich freudiano, lo ominoso. Borges ahí se ve –puesto que está soñando- siendo no visto y se angustia por esa presencia que lo anula. En este aspecto el rey no es Borges, pero para angustiarlo con su sola presencia –pues nunca lo amenaza- es necesario que algo de Borges sea, que ello (Es), borgiano sea. Ese ello borgiano sin embargo, y lo sabemos una vez más por el psicoanálisis, no se muestra tal cual en el sueño, es preciso que el contenido latente se mude en “otra cosa”, aunque esa otra cosa aún lo (re)presente, es preciso que haya alguna máscara, por ejemplo, la de un rey. Además un rey que parece mudo y que en esa mudez anunciase como un rey muerto, tiene que estarlo, pues es ya muy antiguo, ese personaje, que amén de que Freud nos sugiere que la mudez en el sueño puede figurar a ese personaje como muerto y ser al mismo tiempo la muerte<sup>2</sup>; ese personaje pues, puede anunciarle a Borges su propia muerte. ¿Soñó Borges con esa muerte –la suya- disfrazada de Borges disfrazado de rey ante un espejo?. Como quiera que sea, para esa muerte no hay representación, pertenece a lo real, es insoportable, entonces Borges tiene que despertar, como despertó ante el amago mortal de su enemigo ya citado.

Para terminar con el sueño, el mío, apuntaré que esta dimensión de alteridad, de especularidad atraviesa toda la escritura borgiana; pareciera que Borges el escritor emergiera de vez en vez de un sujeto –quizá de Jorge Luis- para escribir algo, para decirle algo, tal como aparece en *“El sueño”* de la *“Rosa profunda”*: **“Seré todos o nadie. Seré otro”**; tal es la consternación que anuncian las palabras del epígrafe y que corresponden a *“Un ciego”* –a propósito de miradas ciegas- también de *“La rosa profunda”*: **“No sé cuál es la cara que me mira cuando miro la cara del espejo”**. En fin, habría en Borges alguien que cada mañana, como dijo Borges ya no recuerdo en qué texto, se pondría el hábito de ser Borges. Una última cita, de las Notas en *“Historia de la Noche”*: **“Unos quinientos años antes de la era cristiana, alguien escribió: “Chuang-Tzu soñó que era una mariposa y no sabía al despertar si era un hombre que había soñado que era una mariposa o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre”**.

Si la escritura de Borges nos convoca hoy a estar aquí por él, a seguirlo leyendo, a haberlo leído, es quizá porque algo en esos textos nos habla de nosotros, de eso nuestro que nosotros, por alguna eventualidad no pudimos escribir y que supimos y reconocimos al instante cuando nos topamos con ello en Borges, ¿acaso no somos todos Borges, excepto él? ...

---

<sup>2</sup> Freud, S.(1913) El motivo de la elección del cofre. Tomo XII, Obras Completas, Amorrortu editores.